

WERNER SOMBART Y LA TEORÍA HISTÓRICA DE LA ECONOMÍA

No hace muchas semanas que los periódicos dieron la noticia del fallecimiento de W. Sombart. Ha muerto tras una vida larga en años —setenta y ocho había cumplido en enero último— y fecunda en labores y enseñanzas. Las páginas que siguen —homenaje a su memoria— aspiran solamente a dar una idea general de su personalidad científica, destacando algunos problemas importantes que plantea su obra.

PERSONALIDAD.

Si en los primeros decenios de su actividad científica la marcada influencia que señalaban los escritos de Sombart fué un obstáculo para su carrera universitaria (“Yo he empleado una buena parte de mi vida en defender a Marx”, dice él en 1909: *Das Lebenswerk von K. Marx*), la evolución paulatina de su pensamiento, que en ningún momento había sido dogmáticamente marxista, y la excepcional luminosidad de su inteligencia acabaron por encontrar el merecido reconocimiento. Cuando en 1917 muere A. Wágner, la máxima figura con G. Schmoller en la ciencia eco-

nómica alemana de entonces, es W. Sombart quien le sucede en su cátedra de la Universidad de Berlín. Y la sucesión en herencia tan insigne y codiciada tiene lugar por vía testamentaria, como podríamos decir sin violentar casi los hechos.

El ascendiente del profesor berlinés sobre sus contemporáneos más rigurosos, no menos que sobre las nuevas generaciones universitarias, fué aumentando al mismo paso que su obra crecía en todas dimensiones. Esta influencia no se ha traducido, empero, en la formación de una "escuela"; entre los cultivadores más jóvenes de las disciplinas a que Sombart ha consagrado el esfuerzo de su vida, acaso no haya ninguno que propiamente merezca el calificativo de discípulo suyo, y, sin embargo, todos ellos mencionan su nombre acompañándolo del título de "maestro", de "viejo maestro", con que le honran y se honran ellos. Más de quince años hace ya que un economista como L. Mises, cuya concepción política archiliberal le impedía mirar con simpatía la significación de W. Sombart, véase forzado a reconocer (*Weltwirtschaftliches Archiv*, B. 21, 1925: "Antimarxismus") que desde hace una generación es éste el "guía en cuestiones económicas de las capas intelectuales más altas de Alemania". La razón de que no haya surgido ese especial vínculo de escuela habrá que buscarla probablemente en la personalidad científica del maestro, cuya característica más peculiar no está principalmente en haber descubierto un método nuevo de tratar los problemas ya planteados, ni en haber acotado un nuevo campo de investigaciones, o en enunciar un programa de tareas a realizar, sino en lo más original y menos transferible que tiene el entendimiento humano: en el don de ver y plan-

tear nuevos problemas, de formularse inéditas cuestiones, de intuir la existencia de relaciones entre fenómenos que hasta entonces se tuvieron por absolutamente inconexos entre sí.

En lo que va de siglo, la figura de W. Sombart, dentro de las ciencias sociales alemanas, es comparable únicamente a la de Max Weber, con quien estuvo unido durante algunos años en la tarea de editar el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*. Sólo en ellos se encuentra aunada una erudición inmensa, enciclopédica, con ese pensamiento original y vigoroso que, lejos de quedar sofocado por el portentoso saber concreto, lo domina, le infunde alma y vida, y sabe extraer de él los materiales esenciales que necesita para las vastas construcciones que erige; porque el pensamiento de uno y otro es, antes que nada, constructivo, teórico, y, como tal, aspira, con palabras del propio Sombart (*Die drei Nationalökonomien*, 1930), “a crear categorías (conceptos) con los que pueda ser aprehendida la realidad viva”.

De estas dos grandes figuras, es Max Weber, sin duda, el de saber más vario, puesto que no hay exageración en afirmar que él ha sido el hombre más universal de nuestro tiempo. No menos viva, empero, está la tendencia universal en el espíritu de W. Sombart, que después de laborar durante treinta años en un vastísimo campo del conocimiento real, se vuelve sobre sí mismo y convierte los resultados científicos obtenidos en objeto de nueva investigación filosófica, acuciado por la íntima necesidad de fundamentar la validez lógica y epistemológica del saber positivo a que él había llegado.

El producto de dicha reflexión filosófica ha que-

dado expuesto en una obra considerable, *Las tres Ciencias de la Economía* (1), que a más de una Ontología y una Metodología económicas contiene una verdadera Teoría de las Ciencias y significa el ensayo más logrado por construir una Ciencia económica "comprehensiva" —esto es, como ciencia del espíritu—, inspirada principalmente en el pensamiento de W. Dilthey.

Poco antes de su muerte, como coronación de toda su obra histórica, económica y sociológica, inicia W. Sombart la publicación de una Antropología (*Vom Menschen*, 1938) planeada en varios volúmenes y concebida como el fundamento general de las Ciencias del espíritu. Pero el juicio sobre este libro, que debido a las presentes circunstancias no he podido tener a la vista, preferiría dejarlo a otra pluma más competente.

La obra entera de W. Sombart se nos ofrece de esta suerte con una profunda unidad interna. A lo largo de su vida su pensamiento ha descrito una amplia línea cerrada de impresionante belleza. Y esta observación nos lleva de la mano a señalar un último rasgo de la personalidad del maestro recién fallecido sumamente característico: su agudo temperamento de artista. La sensibilidad de Sombart se pone de manifiesto, tanto en su estilo nervioso, concreto, fulgurante de imágenes y metáforas, como en la arquitectura formal con que están compuestas sus obras. En las de los últimos años, especialmente, la simetría y equilibrada

(1) Deliberadamente traduzco *Nationalökonomie* por Ciencia de la Economía; creo que dicha versión es la más adecuada en general; pero, además, en este caso concreto, Sombart equipara explícitamente ambos términos. Haría que violentar sobremanera el término español «Economía Nacional» para hacerle significar el conjunto de las teorías más generales de la Economía, sin referencia específica ninguna a la vida nacional.

proporción entre sus partes se guardan con un rigor que es excepcional, no ya por comparación con lo que es uso corriente en las obras científicas en lengua alemana, sino incluso en la obra de arte más exigente; un rigor formal que recuerda al que Dante aplicó en su *Divina Comedia*. Ante sentido estético semejante nada sorprenderá que Sombart ponga su obra en manos del lector confiado en que, por encima de las enseñanzas que de ella puedan extraerse, “siempre habrá hombres que gocen con el conocimiento desprovisto de fines prácticos, que no busquen en un libro más que la luz para su interior y que acojan una obra de ciencia con el puro placer que proporciona la contemplación de una obra de arte bien lograda” (1).

LA HISTORIA DEL CAPITALISMO.

Decíamos que el pensamiento de W. Sombart es, antes que nada, constructivo, teórico, y, sin embargo, la realidad a cuyo estudio se consagró principalmente es histórica. No cabía encontrar tema más atractivo que el escogido: “El Capitalismo moderno”, o sea la vida económica de Europa y América durante el lapso de tiempo “que empieza con Carlo Magno y termina con Stinnes o Pierpont Morgan”, concebida toda ella como un enorme “individuo histórico”, como un ser vivo que nace, crece y llega a su plenitud, tras de la cual comienza a declinar y a envejecer. Específica-

(1) A menos de que se indique otra cosa, todos los pasajes citados en el texto están tomados del *Modernen Kapitalismus*, 1.º y 2.º tomos, 2.ª edición, 1916-1917; tercer tomo, 1927.

mente se ocupan de este tema los tres tomos (en seis volúmenes, con más de tres mil páginas) del *Moder-
nen Kapitalismus*; pero puede decirse que, de un modo u otro, la obra entera de Sombart está a él dedicada. *Socialismo y Movimiento social*—el libro que le conquistó el prestigio inicial en el mundo científico—, *La Economía alemana en el siglo XIX*, *Los judíos y la vida económica*, *Guerra y Capitalismo*, *Lujo y Capitalismo*, *El Burgués*, son los títulos de algunas de sus publicaciones más importantes, de carácter predominantemente histórico, escritas con el propósito “de obligar al lector, mediante este sistema de reflectores, a que se concentre intensamente en uno de los aspectos del problema”. Sombart se pone a la tarea esforzándose por hacer justicia a la riquísima complejidad de la vida histórica. Mas es claro que si para componer una biografía impónesele ya al historiador la necesidad de proceder a una selección entre la muchedumbre de datos que la realidad le ofrece, con mayor fuerza se hará sentir dicha necesidad cuando el individuo histórico objeto de estudio ha llegado al límite máximo de “generalidad”, susceptible todavía de ser considerado como “individuo”, o como complejo, cuyo sentido pueda ser comprendido.

El propósito de W. Sombart ha sido, pues, “poner de manifiesto cuáles son, entre los fenómenos que conducen al nacimiento del capitalismo, los que son comunes a todos los pueblos europeos”, destacando la común “nota europea” y mostrando al mismo tiempo “la fabulosa cantidad de problemas que encierran esas palabras: Génesis del capitalismo moderno”; para Sombart nace el capitalismo “de las profundidades del alma europea...; el mismo espíritu que engendra el nuevo

Estado y la nueva Religión, la Ciencia nueva y la nueva Técnica, crea igualmente la vida económica nueva". Y ese espíritu es "el de Fausto", terrenal y secularizado, dotado de un increíble poder de destrucción frente a los viejos vínculos y las arcaicas trabas, pero potente también cuando se trata de construir nuevas formas de vida; un espíritu que aspira a lo infinito en todas las esferas en que actúa. Hasta el último tercio del siglo XVIII, sin embargo, la cultura económica que alcanza Europa en virtud de ese "espíritu capitalista" se asemeja bastante a la lograda por pueblos de otras culturas, que se han quedado luego estacionados en la misma fase o han caminado hacia su decadencia. Lo peculiar de la vida económica europea, lo que no se ha conocido en ninguna otra época ni volverá a conocerse en igual medida, "porque es un episodio aparte en la Historia de la Humanidad, que acaso haya sido sólo soñado", es "el capitalismo industrial". ¿Cuáles son las causas de que la vida económica europea, después de atravesar "la época de los albores del capitalismo", haya seguido su desarrollo "con una energía insospechada y nunca vista en la Historia Universal? He aquí el problema que plantea "el apogeo del capitalismo", ese "tremendo cosmos", cuya "peculiaridad arquitectural" estudia Sombart detalladamente. Los agentes propulsores del desarrollo son los jefes de empresa, ese tipo de hombres del que ha hecho Sombart tan admirable análisis psicológico en *El Burgués*, en quienes el espíritu capitalista encarna como "afán de lucro", como "espíritu de conquista", en su versión "a lo económico", que pudiéramos decir. A través de ellos se ha efectuado "la racionalización de todos los elementos del proceso económico", a la que debe el capi-

talismo su desarrollo. "Con la prosecución de un fin tan ineconómico como es el del lucro se ha logrado que vivan millones de hombres que antes no existían, se ha logrado transformar de raíz la cultura, unos Estados han sido creados y aniquilados otros, han surgido mundos maravillosos de la Técnica, se ha cambiado de aspecto la faz de la tierra. Todo por la sola razón de que en un puñado de hombres hizo presa la pasión de ganar dinero."

Podrá pensarse acaso que en el pasaje que acabamos de citar, como en otros muchos de la obra de Sombart, se advierte la mano del artista que moldea el propio pensamiento, que distribuye, al menos, luces y sombras buscando los bellos efectos literarios. Ya aludimos a su profundo sentido artístico. Algunos de sus críticos (A. Ammon, en *Schmollers Jahrbuch*, 1930) ha querido incluso servirse de este argumento para negar a su obra todo carácter científico, comparándola con la *Historia Universal* de Wells y con el *Socialismo* de Bernard Shaw. La injusticia es evidente, y nada mejor lo prueba que el hecho de que los problemas planteados por Sombart y los conceptos por él construídos, si bien son todos objeto de enconadas discusiones y muchos inaceptables, no han vuelto a desaparecer del terreno científico, y no sólo de la prensa diaria, como maliciosamente insinuara Schmoller al comentar la primera edición del *Capitalismo moderno* (1903).

El apogeo del capitalismo ha tenido breve vida, como corresponde a su carácter de "episodio aparte", singular, con que, según vimos, lo concibe Sombart. En Inglaterra se inicia, entre 1760 y 1770, con la aplicación del coque en la metalurgia, y en los demás países no surge, en rigor, hasta entrado ya el siglo xix.

Su término final lo encuentra "súbitamente" en 1914, al estallar la guerra europea. La existencia del capitalismo, puramente "naturalista" hasta esa fecha, comienza a impregnarse después de "ideas normativas" que son ajenas a su esencia. Desde entonces entra en la "época de sus postrimerías", que es a la vez época de germinación para el sistema que ha de sucederle.

¿Qué juicio le merece a W. Sombart ese "individuo" que es el capitalismo "moderno"? ¿Qué actitud toma frente a ese "tremendo cosmos"? Lo que él ha querido, ante todo, ha sido conocerlo hasta en sus más profundas entrañas.

W. Sombart, cuyo apasionado temperamento pugna sin cesar por romper la disciplina que le impone la renuncia a definir valores, rinde tributo de admiración a "la obra civilizadora más grandiosa que ha creado el espíritu humano", a ese sistema económico gracias al cual ha sido posible "que una población que aumentó en cientos de millones sea vestida, alimentada, alojada y adornada con toda clase de joyas y baratijas y pueda divertirse todas las noches". Mas la medalla tiene dos caras, y la del reverso es, en definitiva, más importante. El espíritu de lucro que gobierna al capitalismo lo califica Sombart, según vimos, de "ineconómico"; sacrifica, efectivamente, a esa pasión el goce de los bienes del espíritu más valiosos para el hombre. Este mismo sentido es, sin duda, el que da Sombart a sus palabras cuando escribe (*Weltwirtschaftliches Archiv*, B. 28, 1929): "Die Wandlungen des Kapitalismus") que el capitalismo proseguirá "su obra de destrucción" sobre la tierra; capitalismo éste que no será ya el "moderno", claro es, sino uno "de color", que se extenderá por Asia y Africa...

Extinguida ya la vida del capitalismo en su apogeo, ¿qué características tendrá el nuevo sistema? No es misión del hombre de ciencia hacer vaticinios, y cuando alguno lo ha intentado, los hechos posteriores se han encargado de desmentirle, como el propio Sombart declara, aduciendo el ejemplo de Tocqueville, de Marx y de Schmoller. Pero el maestro, que ha consagrado su existencia a estudiar el curso de la vida económica europea, que ha hecho de este tema objeto de su constante y honda meditación, piensa que “las grandes líneas de la evolución histórico-universal, en cuanto están determinadas solamente por la economía, aparecen trazadas con claridad, no sólo hasta el tiempo presente, sino penetrando en el futuro”. Y Sombart, que por modo extraño no atribuye a los acontecimientos políticos influencia decisiva en el curso de la evolución económica (por considerar, sin duda, que esa evolución obedece a un cierto “automatismo” interno, como podríamos decir con un término de que se sirve el propio Sombart al describir las formas capitalistas de empresa), que sostiene que “la evolución del capitalismo se ha operado con independencia poco menos que absoluta de las revoluciones políticas de los últimos siglos”, y que “las intervenciones violentas pueden, sí, destruir mucho, pero no construyen nada”, bosqueja las líneas de esa evolución futura en un breve, pero apretado y brillante capítulo final del *Capitalismo moderno*, valioso en todo caso por la madurez de juicio que rezuma, por la serena ponderación que hace de las fuerzas que están en juego, pero, además, porque en este caso los tremendos hechos acaecidos desde que dicho capítulo fué escrito (1927) han venido a confirmar en buena parte la justeza de sus intuiciones.

Cuando K. Marx concibió sus ideas sobre el capitalismo (este término, como es sabido, no aparece en sus obras; según R. Passow, *Kapitalismus*, segunda edición, 1927, el testimonio más antiguo del vocablo, llamado a jugar papel tan importante en la historia de la cultura europea, se encuentra en *L'organisation du travail*, primera edición, 1850, del socialista francés L. Blanc), era este sistema un mundo nuevo, "que Marx fué el primero en descubrir". Frente al capitalismo, la actitud de Marx es, en los puntos esenciales, afirmativa, porque esperaba que de él había de nacer el mundo socialista con que Marx soñaba. Pero estas esperanzas han resultado frustradas. Y en las horas crepusculares que hoy vive el capitalismo no cabe ya poner en él ilusiones optimistas para el futuro. Es una planta que ha dado ya sus mejores frutos. La conclusión que de estas consideraciones puede inferirse es que, para no ser pesimistas respecto al porvenir de la cultura, debemos renunciar a fundar nuestro optimismo "en lo que es consecuencia necesaria del capitalismo". "La salvación —piensa el maestro— está únicamente en volverle la espalda y en apartarnos de él". Sí... Conformes..., dícese el lector atento, cuyo pensamiento ha sido puesto en tensión por el curso de estas reflexiones de W. Sombart; pero como no cree que dichas reflexiones hayan llegado con las palabras citadas al término final de su natural desarrollo, sigue inquiriendo...; volvamos, sí, la espalda al capitalismo..., apartémonos de él..., pero ¿para seguir qué rumbos? ¿Caminando hacia qué objetivos? Y el espíritu siente la insatisfacción de ver que no se intenta siquiera dar respuesta a estas preguntas que le desasosiegan con su patético signo de interrogación. Mas en vano habría

de esperarse el intento de responder a semejantes preguntas por parte de una ciencia que ascéticamente renuncia a proclamar sus ideales. Topamos aquí con la radical limitación que resulta de su neutralidad ante los valores.

TEORÍA E HISTORIA.

La elaboración del inmenso material que utiliza W. Sombart en su exposición panorámica de la historia económica europea había de hacerse necesariamente con el auxilio de la Teoría económica. La realidad que se nos ofrece en las fuentes históricas no es todavía conocimiento científico, ni se convierte en tal porque sometamos dichas fuentes a una crítica depuradora, por rigurosa que ésta sea. Lo fundamental es siempre la interpretación, y el principio o norma de dejar que hablen las fuentes sirve sólo para encubrir —sin conseguirlo— la impotencia constructiva del que lo aduce. La obra de Sombart es, pues, “teórica e histórica” a la vez; el objeto que estudia es histórico, individual; pero sólo lo habremos conocido cuando lo hayamos apresado en conceptos, que por la índole de la materia han de ser económicos. “Sólo mediante una honda elaboración teórica es posible descubrir las conexiones más generales que existen entre los fenómenos”, dice con razón el maestro; y añade en otra ocasión (*The Economic History Review*, vol. II, 1929: “Economic Theory and Economic History”): “Todo el que escriba Historia y desee ser más que un mero anticuario, tiene que poscer una completa formación en

la esfera del saber de que trate su obra... Sin Teoría no hay Historia”.

Seguramente que no habrá hoy nadie, ni en el campo de los historiadores ni en el de los economistas, que se resista a aceptar en principio la validez de la rotunda afirmación de Sombart. Si salta en seguida a la vista lo absurdo que sería intentar una Historia de los dogmas religiosos o de las instituciones jurídicas sin poseer un profundo conocimiento de la Teología y del Derecho, respectivamente, no menos evidente es la necesidad de conocer la Ciencia de la Economía para hacer historia económica. El hecho, empero, de que esta verdad sea hoy tan generalmente admitida débese muy principalmente a W. Sombart, que en su obra monumental sobre el capitalismo ha dado un ejemplo práctico de la posible forma de colaboración de Teoría e Historia en una Teoría histórica de la economía, y el grandioso ensayo constituye prueba bien concluyente —prescindiendo ahora del mayor o menor acierto de los resultados concretos obtenidos— de la fecundidad y, por tanto, de la validez del método empleado.

La insistencia con que Sombart ha postulado la necesidad de una colaboración de ambas disciplinas —*leit-motiv* de toda su obra— estaba justificada y era necesaria ante la renuncia absoluta a toda Teoría que había hecho la Ciencia económica alemana bajo el signo de la “moderna” escuela histórica de la Economía. Al propugnar la acumulación de “pacientes y laboriosos trabajos monográficos de Historia económica”, llamados a constituir el suelo firme “en que apoyar empíricamente la Teoría económica” (G. Schmoller, artículo “Volkswirtschaftslehre”, en el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, ter-

cera edición, 1911), lo que hacía, en rigor, la insigne figura que con tan preciados títulos representa dicha escuela era meter la Ciencia económica, tanto la teórica como la histórica, en una vía muerta. El aplazamiento para tiempos ulteriores de la construcción de una Teoría económica le escamoteaba, por así decir, la Ciencia histórico-económica misma, en cuya elaboración veía Schmoller su incumbencia inmediata. Justo es señalar, sin embargo, la razón que le asistía a éste cuando—en la célebre polémica del último tercio del siglo pasado acerca del método en las ciencias sociales—postulaba la necesidad de *una sola* ciencia frente al irreducible dualismo de Teoría e Historia que sostenía C. Menger. El fracaso de Schmoller—lo que marca los límites de su extraordinaria personalidad científica, diríamos mejor—se debe a que su obra, por no inspirarse en esa su genial intuición metodológica, quedóse detenida en la fase puramente empírica.

La significación histórica de W. Sombart está en haber reaccionado contra la concepción de dicha escuela, lanzándose resueltamente a construir esa Teoría histórica de la Economía que exigían los tiempos. Este mismo empeño suyo lo sitúa, por otra parte, en la línea que continúa y desarrolla lo mejor del pensamiento de Schmoller. Nada importa que en esta primera cosecha los frutos no sean enteramente logrados si queda demostrado que la semilla es fecunda.

La empresa ofrecerá siempre ímprobos dificultades, ya que lo histórico exige visión plástica, intuición, "comprensión", aptitud para sentir y compenetrarse con la vida individual; la Teoría requiere, en cambio, pensamiento racional, capacidad de análisis y de abstracción. La combinación en una sola persona de am-

bos modos de situarse ante la realidad será sólo una venturosa excepción, porque trátase, en rigor, como ha dicho E. Salin (*Weltwirtschaftliches Archiv*, B. 25, 1927: "Hochkapitalismus"), de "últimas diferencias" del espíritu humano; pero el ejemplo de W. Sombart prueba precisamente que el problema no es insoluble.

La solución que él le ha dado está lejos, desde luego, de ser perfecta, y bien pronto empezaron los críticos a señalar sus defectos, desde el campo histórico, primero, y, más tarde, desde el teórico. Las palabras, empero, con que H. Hauser (*Revue d'Economie Politique*, 1935: "L'oeuvre scientifique de W. Sombart") resume su juicio sobre el maestro alemán: "Es todo lo que se quiera menos un historiador", ni hacen justicia a los innegables méritos históricos de la obra de éste, ni pueden ser tenidos, en esa forma absoluta, por expresión representativa de lo que piensan sobre Sombart los mejores, en el gremio de la Historia económica. J. H. Clapham, por ejemplo, que con su *Economic History of Modern Britain* ha convalidado magistralmente su título, ya antiguo, de primera autoridad de los países anglosajones en dicha disciplina, se sirve de términos muy distintos cuando le alude (*The Study of Economic History*, 1929); piensa que Sombart no es "exactamente" historiador ni "exactamente" teórico, pero reconoce que "su mérito principal es de carácter histórico".

Entre los numerosos adversarios que el autor del *Capitalismo moderno* tuvo en Alemania dentro del campo de la Historia, ninguno más digno de él que mi inolvidable maestro de Friburgo G. von Below, dueño como pocos de las más rigurosas técnicas históricas y espíritu, a la vez, sutil y sensible a las precisas y finas

distinciones conceptuales, que él reclamaba y aplicaba siempre. Las objeciones que von Below ha hecho al historiador del capitalismo, las que le podrá hacer siempre una ciencia histórica digna de ese nombre, se resumen en la falta de "rigurosa disciplina" (*Weltwirtschaftliches Archiv*, B. 16, 1921: "Die Entstehung des Kapitals im Mittelalter, II"), falta subalterna cuando afecta solamente a la exactitud del dato aducido, a la utilización de obras insignificantes o al olvido de otras de interés relevante en relación con el tema estudiado, en una palabra, cuando se trata de cuestiones menores cuya rectificación no altera la estructura ni la solidez de la fábrica; pero más grave cuando, por ser debida a insuficiente contacto con la realidad, a omisión deliberada de una parte de los datos que ésta ofrece o al impulso teorizante no frenado mediante el contraste desapasionado con los hechos, conduce a formular teorías en las que la imagen histórica aparece desfigurada.

Un ejemplo de los defectos del tipo últimamente aludido lo ofrece la célebre teoría sombartiana referente a las fuentes de la acumulación del capital en la época que precede inmediatamente al nacimiento del sistema capitalista. Como el espíritu del capitalismo, fuertemente impregnado por las ideas religiosas de algunas de las nuevas sectas, y el tipo humano del empresario, animado de dicho espíritu, son piezas esenciales del "sistema capitalista", según Sombart, piezas que no pudieron, por tanto, existir en el sistema económico anterior, había que explicar, sin recurrir a ellas, la innegable existencia en los umbrales del siglo xvi de capitales cuantiosos, tanto reales como en forma de dinero. Sombart lo hace ingeniosamente, convirtiendo a los terratenientes que a finales de la Edad Media trasla-

clan su residencia a las ciudades y a los propietarios de fincas urbanas del mismo período, cuyos ingresos se ven aumentados por la incrementada demanda de que son objeto aquellas fincas, en los principales y más antiguos colectores de abundantes disponibilidades destinadas a la producción y no al consumo. La renta de la tierra, en el sentido de la Teoría económica, sería, pues, la generadora originaria del capital.

Frente a la seductora elegancia de esta teoría hubieron de oponerse, sin embargo, hechos de mucho peso que la invalidan. Así, por ejemplo, sobre la base de los registros fiscales de la ciudad de Augsburgo, centro comercial de primera importancia en la Alemania occidental del siglo xv, J. Strieder demostró (*Zur Genesis des modernen Kapitalismus*, 2.^a ed., 1935) cómo en dicho siglo y en la primera mitad del siguiente las mayores fortunas urbanas corresponden, no a terratenientes, sino a grandes comerciantes al por mayor. El mismo autor puso igualmente en evidencia (*Studien zur Geschichte kapitalistischer Organisationsformen*, 2.^a ed., 1925) los elevados beneficios que obtenían ya en la época precapitalista las grandes empresas mineras del Tirol, que se fusionaban además entre sí con el propósito de conseguir todas las ventajas que se derivan de una situación monopolística. Otros historiadores (G. von Below, "Die Entstehung des Kapitalismus", en *Probleme der Wirtschaftsgeschichte*, 2.^a ed., 1926) subrayaron la importancia que es forzoso atribuir al comercio en relación con este problema. Y la investigación más moderna (Postan, Kuske, Bechtel, Usher, Sanyous, Saponi) tiende, en general, a iluminar cada vez más los elementos "capitalistas" y el espíritu "capita-

lista” que se observa en la vida económica de todos los pueblos europeos desde el siglo XIII.

La teoría de Sombart sobre la acumulación originaria del capital ha sido, pues, unánimemente rechazada. No es ésta, además, la única que ha corrido tal suerte. En último término, acaso sea el destino para que nace toda teoría. ¿No dijo ya Nietzsche que “no es uno de los menores atractivos de una teoría el que sea refutable”? Y esta opinión la comparte, sin duda, un representante tan caracterizado de la más rigurosa disciplina histórica como von Below, puesto que escribe (*Weltwirtschaftliches Archiv*, B. 9, 1919, “Die Entstehung des Kapitals im Mittelalter, I”) que “la aplicación consecuente de una teoría, en sí misma insostenible, puede ser fecunda científicamente”.

El hecho, sin embargo, de que un investigador proponga teorías no es razón suficiente, aunque éstas resulten erróneas, para negarle el título de historiador, si sus fines y sus métodos más generales se inspiran en los mismos principios que han regido siempre la labor de las figuras más eminentes de la historiografía: conocer la realidad histórica en lo que ésta tiene de individual e irreiterable. No hay duda de que tal ha sido el fin perseguido por Sombart. El concepto básico de que se ha valido para lograrlo es el de “sistema económico”, en cuya constitución entran como elementos fundamentales el “espíritu” que anima a los hombres, la “ordenación” o “forma” de la vida económica, dentro de la cual desarrollan éstos su actividad, y la “técnica” de que se sirven (*Die Ordnung des Wirtschaftslebens*, 2.ª ed., 1927).

Como toda economía es histórica, y no es concebible que el hombre desarrolle su actividad económica al mar-

gen de todo sistema, los sistemas se suceden en el tiempo, naciendo cada uno dentro del marco del anterior, en virtud de las transformaciones que experimentan los aludidos elementos integrantes de cada uno de ellos. Y como cada sistema caracteriza una "época económica", dicho concepto constructivo es aplicable también como criterio de periodización.

La selección de una pluralidad de elementos o factores —espíritu, ordenación, técnica— cuyas varias combinaciones hacen posible el nacimiento de otros tantos sistemas, representa un avance considerable frente a las conocidas teorías de las fases o estadios de la evolución económica que escogen un solo factor como criterio. Así, por ejemplo, la más moderna de ellas, la tan celebrada de K. Bücher, se fija en las condiciones imperantes en la esfera de la producción, y con arreglo a la longitud del camino que recorren los bienes desde que son producidos hasta que llegan a manos del último consumidor, distingue las fases de economía doméstica, economía urbana y economía nacional. Es evidente que las posibilidades de captar la multiplicidad de aspectos que ofrece la vida queda extraordinariamente mermada cuando el concepto se construye sobre un solo elemento, haciendo abstracción de todos los demás.

Pero tienen estas teorías otro defecto más importante que era preciso rectificar. Todas ellas representan, por así decir, cortes hechos a lo largo de la Historia. La vida de las épocas pretéritas aparece en ellas enfocada desde el tiempo presente. Ciertamente que toda interpretación histórica está siempre condicionada por las circunstancias de varia índole que dan su peculiar fisonomía a la época en que vive el historiador. Puede decirse, incluso, que cuanto más alto sea el mira-

dor de éste y más amplia y penetrante su mirada, cuanto más íntimamente viva y se compenetre con su propia época, más honda será también la influencia que ésta proyecte sobre su obra. Mommsen escribe la historia de Roma en su ascensión triunfante y Rostovtzeff la del Imperio romano en su paulatino proceso de osificación. Las diferencias de los tiempos en que viven uno y otro explica en buena parte—como hace años tuve ya ocasión de observar—la diversidad de sus obras respectivas. No hay, por otro lado, mal ninguno en que las cosas sean así, pues, dada la limitación del espíritu humano y su incapacidad para comprender profundamente más que una parte de la realidad histórica, es posible que sólo de ese modo pueda el hombre llegar a un total conocimiento de dicha realidad.

Pero una cosa es esta influencia de su época sobre el historiador, en virtud de la cual se le abren a éste los ojos, por así decir, para determinados hechos o períodos históricos, y otra muy distinta el concebir todo el pasado en función del presente, como el progresivo desarrollo de un ser que llega ahora a su plenitud. Semejante concepción prueba bien a las claras el linaje positivista de todas estas teorías de las fases, para las cuales es la época actual el fin, en su doble sentido teleológico y terminal, de toda evolución histórica.

La reacción de W. Sombart contra el evolucionismo positivista, acaso no enteramente deliberada, pónese, sin embargo, de manifiesto en la manera en que, según vimos, construye él su concepto de los "sistemas económicos", que no consisten ya en cortes hechos a lo largo de la Historia, como los que idearon

Bücher, Schmöller, Hildebrand y demás teóricos de las fases, sino que representan más bien secciones transversales en el cuerpo histórico. Los "sistemas" consecutivos están, desde luego, ligados entre sí por vínculos de causalidad histórica, y cada uno lleva dentro de sí, en sus postrimerías, el germen del siguiente; pero ahí termina también el hilo de la evolución, que no recorre la entera historia humana, como sucede en el caso de los evolucionistas. Al proceder así hubiera podido Sombart invocar la autoridad de Ranke, según el cual las épocas históricas no deben ser juzgadas "por lo que de ellas nace, sino en su existencia misma, en su propio ser". (*Das politische Gespräch*, etc.; ed. por E. Rothacker, 1925.)

Que el nuevo rumbo emprendido por W. Sombart es fecundo, pruébalo el hecho de que la concepción de los sistemas económicos como secciones transversales ha sido recogida y desarrollada por un economista de la talla de A. Spiethoff, tan merecedor de ser clasificado entre los mejores "realistas" como entre los mejores teóricos. El concepto de "estilo económico", construido por éste, "no como una historia económica repleta de hechos irreiterables", esto es, no como una "fotografía", pero sí como "reflejo de la realidad", como una "pintura" que no es irreal y abstracta, como sucede con el objeto de la teoría pura, sino que capta los fenómenos en su concreción (*Festgabe für Werner Sombart*, 1933: "Die Allgemeine Volkswirtschaftslehre als geschichtliche Theorie"), está, según expresamente declara su insigne autor, íntimamente emparentado con el concepto de "sistema" de Sombart, a cuya obra atribuye Spiethoff importancia "imperecedera". Y en el trabajo más reciente y sugestivo dedi-

cado a estas cuestiones metodológicas (W. Eucken, *Die Grundlagen der Nationalökonomie*, 1940), el tono polémico contra “estilos” y “sistemas” que reviste en su exterior no logra encubrir la soterrada afinidad de su autor con los fines y métodos de Sombart y Spiethoff en este terreno. Al igual que ellos, piensa Eucken que “la investigación histórica intensiva es tan insuficiente como la mera labor de refinar el aparato teórico”, y que en el proceso cognoscitivo de la Ciencia económica lo esencial está más bien en que “intuición y pensamiento actúen siempre en recíproco engranaje”, porque no debe haber “dos ciencias económicas distintas, una histórica y otra teórica”.

¿En qué consiste la diferencia entre el modo de proceder de Sombart cuando construye sus conceptos históricos y el que sigue la Teoría económica para elaborar los suyos? Y ¿qué función asigna Sombart a esta “Teoría” dentro de la Ciencia económica “comprensiva” que él postula?

Si nos atuviéramos a lo que el propio Sombart declara a este respecto, diríamos que aquellos conceptos históricos son “tipos ideales” en el sentido de Max Weber, esto es, imágenes mentales que se obtienen potenciando determinados elementos de la realidad y condensando en torno a éstos aquellos otros rasgos que en la realidad se dan sólo con carácter intermitente y en mayor o menor número, pero que son susceptibles de integrarse con los elementos potenciados, dando unidad al “tipo”. Mas es lo cierto que Sombart sostiene respecto a sus conceptos históricos, respecto a sus “sistemas” —y lo mismo dice Spiethoff de sus “estilos”—, que son “reflejo” de la realidad de un cierto tiempo, mientras que, según M. Weber (“Die Objek-

tivität sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis", en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 1922), los "tipos ideales" son "utopía", que, en su pureza conceptual, nunca se dan en la realidad empírica. Más justo sería, pues, decir que "sistemas" y "estilos" son "tipos reales" y no "ideales".

Podría parecer que con esta nueva denominación extremamos aún más, si cabe, el radical contraste que Sombart establece entre sus conceptos empíricos y los conceptos abstractos de la Teoría económica, entendida en el sentido dominante. Para el maestro fallecido (Vid. su *Nationalökonomien*), los conceptos de esta Teoría son "esquemas racionales" que nada en absoluto tienen que ver con la realidad ni con la investigación de ésta. A diferencia de las hipótesis de las Ciencias naturales, que les sirvieron de modelo, dichos esquemas no pretenden reflejar los hechos de la realidad. Son puras verdades ideales, *a priori*, *vérités de raison*, según la terminología de Leibnitz, y no *vérités de fait*. Los esquemas racionales —dice Sombart— no están al final de la ciencia, como ocurre con las leyes naturales, a las que se llega después de recorrer un largo camino empírico, sino al principio de ella. El valor que pueda corresponderles como verdades está solamente en la racionalidad de su contenido, sin referencia ninguna a su existencia empírica. "Cuando he resuelto hasta las últimas dificultades de la teoría de la utilidad marginal, no sé siquiera si habrá en la realidad una sola operación de cambio que se lleve a efecto con arreglo a ese principio."

Renunciando ahora a discutir en sus fundamentos la licitud de esta interpretación de los esquemas racionales de la Teoría económica, sobre lo cual ha hecho

A. Löwe observaciones sobremanera agudas y sugestivas (en *Weltwirtschaftliches Archiv*, B. 36, 1932: "Ueber den Sinn und die Grenzen verstehender Nationalökonomie"), diremos solamente que la lucha que con las afirmaciones mencionadas mueve Sombart contra la Teoría económica dominante está justificada en cuanto hubo un tiempo —el de la Teoría clásica— en que ésta creyó poder derivar de las leyes referentes a la economía de cambio el orden eterno de la vida económica. La Teoría histórica de Sombart, que reduce la validez y la esfera de aplicación de la Teoría racional a un determinado "sistema económico" a una determinada época, constituye una evidente superación del absolutismo que entrañaba el punto de vista de los "clásicos". Para ese sistema, sin embargo, que es precisamente el del capitalismo, es incuestionable que los esquemas racionales poseen el valor, no sólo de verdades *a priori*, sino de proposiciones basadas empíricamente. Los supuestos de que parten, los "datos" en que descansan, responden a la estructura misma de dicho sistema.

Por esta razón no es tan grande como Sombart piensa la diferencia entre su manera de construir los conceptos y la de la Teoría racional, abstracta, cuando el sistema en cuestión es el capitalista. La Teoría dominante establece "cuál sería el curso de los acontecimientos económicos si se cumplieran determinadas condiciones y la conducta humana fuera enteramente racional". Sombart, en cambio, fija su atención en la vida económica considerada en su conjunto, y en el concepto recoge todos los elementos que la componen, tanto racionales como irracionales. La teoría que Sombart crea procede también por vía de abstracción, si

bien los elementos de que prescinde no son los irracionales, sino meramente los que no pertenecen a la esencia misma de la realidad de que se ocupa. Ahora bien, Sombart ha caracterizado acertadamente el capitalismo, según vimos, como “la racionalización de todos los elementos del proceso económico”. En este sistema, pues, los elementos no racionales —de los que por principio hace abstracción la Teoría en el sentido dominante— son cada vez menores en número y de importancia más insignificante en relación con la esencia de la realidad que se trata de captar.

En defensa de la Teoría clásica contra los ataques de A. Müller, que la tachaba de materialista, crematista y poseída de espíritu calculador, Sombart escribe (en su *Nationalökonomien*): “Estas censuras se equivocaron de puerta. Reprochan a la Teoría lo que hubieran habido que reprochar a la *realidad*, esto es, al capitalismo. Evidente es que éste, y no la Teoría, es el que ha convertido la vida en un problema de cálculo; la Teoría no hizo más que registrar el hecho, sirviéndose de él para sus construcciones. Achacar a los teóricos de la economía la culpa de los males que ha acarreado el capitalismo es tanto como inculpar al bacteriólogo por haber descubierto en un preparado bacilos de la peste”. De una Teoría que da pruebas de semejante “comprensión”, ¿cabe decir que sus esquemas racionales tienen mero valor de *vérités de raison*? Y si esto era ya así en la época de la Teoría clásica (A. Müller hacía los mencionados reproches en 1830), con mucha más razón puede sostenerse en la actualidad, cuando la Teoría económica racional, abandonando progresivamente el fundamento individualista en que reposaba la Teoría clásica, se ha convertido en un

instrumento técnico, en un método de análisis, compatible y utilizable en toda ordenación económica.

Sombart piensa que cuando se habla de sucesivas aproximaciones de la Teoría a la realidad (Pareto es, como se sabe, el primero que utilizó esta terminología), la cosa puede comprenderse únicamente en el sentido de que los hechos económicos se asemejarán tanto más a los procesos formulados en los esquemas cuanto más racionales y adecuados a los fines sean aquellos hechos. "Mas la distancia entre la realidad y el esquema sigue siendo 'infinitamente' grande", dice el maestro. La verdad es que dicha distancia nunca ha sido 'infinita'. Si bien es cierto que la Teoría pura del equilibrio económico, o la de la utilidad marginal—tanto en su versión antigua como en la forma más refinada y moderna que reviste, por ejemplo, en la teoría de la sustitución de J. R. Hicks—, se mantienen deliberadamente en el plano de abstracción más alto; la misma Teoría racional, en desarrollo de principios que le son immanentes, tiende en los últimos lustros a cortar aquella distancia.

Sombart califica de "estática" a la Teoría racional dominante, a la que contraponen el pensamiento "dinámico" de los mercantilistas, antepasados de los teóricos del capitalismo, como son Marx y el propio Sombart. "Para la ciencia—dice éste— es Marx quien ha descubierto el capitalismo; mas la hazaña grande, genial, de los mercantilistas está en haber descubierto sus peculiaridades y su importancia para la vida práctica".

Si por "estático" entendemos el sistema teórico correspondiente a una situación de equilibrio económico, que es concebida haciendo abstracción del factor

tiempo, y asignamos a la "dinámica" la función de analizar cómo se verifica en el tiempo la transición de un estado de equilibrio al otro, cómo cada nueva situación va surgiendo, a lo largo del tiempo, de la precedente (o sea, expresado en los términos de que se sirven los econométricos: si suponemos que las variables de las ecuaciones que integran el sistema no pertenecen todas a un mismo período de tiempo), llegaremos a conclusiones difíciles de armonizar con la afirmación de Sombart.

Por una parte, si bien es cierto que los mercantilistas tienen una concepción dinámica de la vida económica en el interior de cada país, su punto de vista frente al conjunto de las naciones tiene carácter estático: para ellos la cantidad de riqueza existente en el mundo es fija, y no hay, por tanto, posibilidad de que un país la aumente si no es a expensas de los otros.

Y en cuanto al carácter de la teoría dominante, bien marcada está en sus tendencias más recientes (Pigou, Keynes, Lindahl, Lundberg, Schumpeter, Hicks y tantos otros) la orientación dinámica a que aludíamos antes. La teoría de los estados de equilibrio viene completada con el análisis de los "períodos cortos" y de la transición entre éstos.

El nuevo interés que la teoría racional muestra por el concreto sucederse de los fenómenos económicos en el tiempo ha contribuido también a que ella sienta más vivamente la necesidad de una estrecha colaboración con la historia económica. Un investigador tan inequívocamente teórico como J. M. Keynes celebraba poco ha la aparición de una obra de esta clase, escrita "por economistas y para economistas" (*Economic Journal*, 1940), y más recientemente todavía, otro representan-

te no menos insigne de la teoría, J. Schumpeter, expresaba la opinión, con motivo del fallecimiento de F. W. Taussig, de que la obra de éste "ha emprendido el camino hacia un futuro henchido de promesas, en el cual ni la ignorancia teórica podrá ser ya medalla de honor ostentada por el historiador de la economía, ni la ignorancia histórica podrá serlo por el teórico" (*Quarterly Journal of Economics*, 1941). En su última y monumental obra (*Business Cycles*, 1939), el propio Schumpeter lleva a cabo un estudio admirable de la época capitalista (a partir de 1787), desde el punto de vista de las fluctuaciones económicas: el método que sigue, consistente en analizar teóricamente las causas individuales de cada uno de los ciclos estudiados, es muy semejante al emprendido por Spiethoff hace ya largos años.

Del campo de la Historia salen voces que reclaman esa colaboración con la teoría dominante. Y así, para M. M. Postan, sucesor de Clapham en la cátedra de Historia económica de Cambridge (*The Historical Method in Social Science*, 1939), no hay razón para que la teoría económica cambie el método que hasta ahora ha seguido para formar sus conceptos, ya que el volumen y la calidad de los resultados con él obtenidos constituyen el mejor testimonio de su validez científica. Pero estos resultados son abstractos, y el papel que le incumbe a la Historia, sostiene ingeniosamente Postan, consiste en averiguar para cada caso histórico concreto cuáles son los elementos reales individuales de que la teoría ha hecho abstracción en la famosa fórmula de los *coeteris paribus*, que supone inalteradas las demás condiciones del problema estudiado.

La fusión entre teoría e historia que Sombart pos-

tulara y que es el fin último a que consagró su vida científica, está hoy, como vemos, mucho más próximo a realizarse que cuando el maestro inició su labor, erigiéndose en campeón de una teoría histórica de la economía. Si el camino por el que se avanza hacia esa fusión no es exactamente el señalado por Sombart, la razón está principalmente en la resistencia que por principio opuso éste a aceptar resultados y métodos de la teoría económica postclásica. Los ataques violentos que desde muy pronto le dirigieron los "teóricos" explican en parte su actitud hostil a dicha teoría. De mucho más peso es, sin embargo, otro motivo: la inexistencia en Alemania de toda teoría económica en los años de su formación científica. Las generaciones universitarias alemanas anteriores a la guerra del 14 viven desde 1870, aproximadamente, bajo el imperio de la moderna escuela histórica de la economía. Se está en la creencia de que Ricardo y Stuart Mill han sido 'superados', que su estudio no es, por tanto, necesario pero no se sustituyen sus teorías por otras. En el campo teórico figura solamente la obra de Marx. El interés teórico e histórico por el problema del capitalismo, de un lado, y el interés práctico por la cuestión social, aguda entonces, de otro, llevan a W. Sombart a un estudio hondo y prolongado de la obra marxista, que deja en su manera de concebir la teoría económica una huella impercedera.

Pero un pensamiento tan rico, tan fecundo como el de W. Sombart reabsorbe y transforma dentro de sí cuantos elementos hayan podido entrar en su formación, imprimiéndoles su cuño personal. El producto de dicho pensamiento ha sido una obra que, a pesar de todas sus limitaciones y flaquezas, contiene un saber

tan extenso y variado, está tan repleta de ideas y sugerencias, expresadas siempre con ingenio y muchas veces con belleza, que si llamamos clásica a una obra porque conserva su encanto a través de los tiempos y para cada generación guarda un secreto, la de W. Sombart merecerá ese título.

JOSÉ ANTONIO RUBIO.